

VICENTE MONROY

Contra la cinefilia

Historia de un
romance exagerado

Contra la cinefilia

Vicente Monroy

Contra la cinefilia

Historia de un romance exagerado

Índice de contenido

Portadilla

Legales

1. *Ciudadano Kane* no es cine

2. Enfermar de cine

3. Cine es el nombre del mundo

4. La trampa de Parrasio

5. El programa emancipatorio de la cinefilia

6. El final del amor

7. Salir del cine

Agradecimientos

Monroy, Vicente
Contra la cinefilia: historia de un romance exagerado / Vicente Monroy -
1a ed. - Clave Intelectual, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-84-122252-0-4

Ilustración de cubierta: Julio César Pérez

© Vicente Monroy, 2020
© Clave Intelectual, S.L., 2020
Paseo de la Castellana 13, 5º D - 28046 Madrid
Tel (34) 917814799
editorial@claveintelectual.com
www.claveintelectual.com

Edición y coordinación: Santiago Gerchunoff
Diseño: Hernández & Bravo
Corrección: Lola Delgado Müller
Diseño de colección: Eugenia Lardiés

Primera edición en formato digital: julio de 2020
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN edición digital (ePub): 978-84-122252-0-4

Le olía mal el aliento, como a todos los cinéfilos.

Elizabeth Moreau en *Les sièges de l'Alcazar* (Luc Moullet,
1989)

1. *Ciudadano Kane* no es cine

La anécdota cuenta que, en el otoño de 1946, después de la primera proyección de *Paisà* de Roberto Rossellini en el auditorio de la Maison de la Chimie de París, André Bazin, a quien le tocaba abrir el coloquio posterior, estaba tan sobrecogido por la emoción que le produjo la que consideraría desde ese momento la película más revolucionaria jamás rodada, que la primera parte de su discurso resultó incomprensible para el público. La palabra que más le costaba pronunciar era «cine» (1).

Recuerdo una emoción parecida a la salida de un pase de *El río* de Jean Renoir en mi primer año como estudiante en Madrid, en el otoño de 2007. Es posible que algunos de los elementos del recuerdo los haya añadido más tarde, o incluso que formen parte de la película de Renoir y no de la realidad (con el tiempo he llegado a mezclar frecuentemente mis recuerdos con escenas de películas). Mientras iba andando hacia la calle Atocha me daba cuenta de lo extraño que me parecía que la gente siguiera a lo suyo después del milagro al que acababa de asistir. Un extrañamiento de tipo existencialista. ¿Cómo era posible que la realidad no se sometiera a aquel mundo mejorado y estético de la película? También recuerdo la anulación paulatina de este efecto, cómo me esforzaba por repetirlo una y otra vez a la salida de otras sesiones, cada vez con menos éxito, hasta convertirlo en una especie de simulación. Un distanciamiento que percibía como una desconexión entre los asuntos del cine y los asuntos del presente, la rotura del hilo sentimental que los unía.

En los diez años que siguieron a aquella proyección de *El río* fui lo que se conoce como un cinéfilo empedernido, una

rata de filmoteca (aunque esto es un decir, porque veía la mayor parte de las películas en la pantalla de quince pulgadas de mi MacBook, que me permitía una variedad mucho mayor que la programación de las salas madrileñas). Era común que viera dos o tres películas los días de diario, y hasta el doble en los largos maratones de los fines de semana, lo que compaginaba como podía con mis estudios y mis primeros trabajos como escritor. Lo mismo me daba, no podía evitarlo: quería verlo todo, de todas las épocas y de todos los países.

¿Qué significaba ser cinéfilo? Si nos atenemos a la idea popular, la cinefilia es el amor al cine. Pero esta definición es bastante imprecisa. Al fin y al cabo, el cine ha sido el gran arte popular del último siglo y medio. Si preguntamos a nuestros amigos y conocidos, casi todos dirán con convencimiento que les gusta ver películas. Es probable que dispongan de cierta cultura cinematográfica, que conozcan la obra de algunos directores, actores y hasta compositores de bandas sonoras y guionistas. El amor por el cine es un sentimiento común en una época como la nuestra, profundamente influida por los medios audiovisuales. En algunos momentos de la historia del último siglo, como en la primera mitad de los años treinta y a mediados de los años cuarenta, más de dos tercios de los estadounidenses iban a ver películas semanalmente, sin que existiera, como pretenden algunos autores, una clara segregación entre clases sociales o niveles culturales. Y este fue un fenómeno que se extendió por todos los rincones del mundo, afectando profundamente la identidad del individuo contemporáneo. «Iglesias y lugares de culto no han conseguido, en varios milenios, cubrir el mundo con una red tan extensa y coherente como la que ha creado el cine en treinta años», escribía Robert Musil en 1930. (2) Casi podríamos hablar del hombre del siglo XX como un *homo cinematographicus* (3). El gran invento de los hermanos Lumière al organizar la primera proyección pública de pago